

El árbol que quiso ser pájaro



El árbol que quiso ser pájaro.

Érase una vez un roble que había nacido en un prado cerca de la Peña Resbalina en nuestro pueblo de Zarza de Pumareda. Cuado era pequeño se libró de una limpia realizada por el dueño del prado que dejó solo varios grupos junto a las cercas para aprovechar mejor el pasto. Sin embargo, el azar quiso que él se quedara solo en medio del prado, quizás porque el dueño le pareció un ejemplar robusto y elegante y pensó en él para sacarle el máximo provecho. Fue así como y creció libre de incordios. Sus frondosas ramas proporcionaban leña para el hogar cuando el dueño lo podaba periódicamente. Su espeso ramaje ofrecía morada a cuantas aves optaran por anidar o descansar allí. Las aves de paso copaban las ramas más altas antes de emprender de nuevo el vuelo rumbo a otro destino, y así un año y otro. Su tronco creció más que el de sus coetáneos y su silueta erguida y esbelta se lucía en medio del prado cuando llegada la primavera su deslumbrante verdor contrastaba con los distintos tonos del verde hierba que tapizaba el resto del prado.

Yo lo descubrí, cuando adolescente iba de prado en prado con el cordel a la cintura para descubrir un árbol que me proporcionara un haz de leña seca para cocinar y calentarnos. Ligerero de peso gateaba hasta alcanzar las ramas centrales donde conseguía sin mucho esfuerzo tronchar con un golpe de

pie las pequeñas ramas peladas y secas. Así comenzó nuestra amistad pues yo le mondaba el interior manteniéndolo aseado y él me proporcionaba leña seca lista para quemar. Así fuimos creciendo los dos.

Los avatares de la vida hicieron que nos separásemos por un largo tiempo. Recientemente, recorriendo prados y caminos de mi infancia me topé de nuevo con él. Sé que era él porque recordaba su ubicación exacta pero estaba completamente irreconocible, casi moribundo. Me invadió una gran tristeza al comprobar cómo su vida se había acortado, cómo la suerte que le acompañó en sus primeros años lo había abandonado irremisiblemente.

Permanecí un largo rato observándolo y recordando su esplendor juvenil, los ratos compartidos en silencio y la alegría indescriptible que me proporcionó cuando descubrí el nido de tórtola con sus polluelos, los cuales emprendieron el vuelo antes de que yo los secuestrara para tenerlos cerca de mí en una jaula.

Ahora lo tenía ante mis ojos, casi vencido y sin posibilidad de recuperarse. Había perdido casi toda su corteza. Me acerqué y me abracé a él. Sentí unas vibraciones, no sé si imaginarias o reales, que me recorrían el cuerpo y me procuraban una sensación de bienestar. Por ello permanecí un largo rato abrazado, con los ojos cerrados, y fue entonces cuando oí un murmullo que parecía muy lejano en el que una voz me decía:

”Te he reconocido a pesar de mi ánimo abatido y mi decrepita salud, y como sé que mi final se acerca y antes de desaparecer definitivamente, quiero pedirte un favor y quiero que lo sepas todo.

Yo vivía alegre y feliz en medio de este prado, el dueño me realizaba una poda periódicamente y los dos nos beneficiábamos, pero no sé por qué, una mañana gélida de diciembre, cuando la espesa niebla lo cubría todo, se ensañó conmigo y me desmochó, o mejor dicho, me decapitó y me dejó definitivamente crucificado, con los brazos en cruz, como un Cristo, y ahí comenzó mi particular calvario. Nadie quiso saber nada de mí y solamente algún ave de paso se posaba un instante para emprender de nuevo el vuelo hacia otros árboles frondosos y acogedores. Pocas energías me quedan y siento que el final se acerca, así que solo quiero que me concedas una última voluntad, pues sé que está en tus manos y una vez realizado este deseo ya podré morir en paz.

Quiero que para este último viaje que ya se acerca, me vistas de pájaro: quiero ser libre y volar como aquellos que tuve entre mis ramas cuando estaba lleno de vida. Será mi último deseo y mi primer vuelo”.

Una mañana calurosa del mes de junio, me presenté con todos los artilugios para acometer la tarea y vestirlo de pájaro para ese último viaje.

Creo que lo conseguí aunque sudé lo suyo, pues el sol, a media mañana picaba ya y la humedad del prado se evaporaba haciéndome sudar más de lo previsto. Tuve la sensación de que me cercaba una insolación; no tenía agua para beber y no quería dejar la obra a medio terminar, de modo que

exprimiendo la última gota de sudor, a duras penas terminé. Tomé apresurado unas fotos para el recuerdo y regresé a casa a toda marcha. Cuando llegué estaba rojo como un tomate y con síntomas de un auténtico golpe de calor. Me di un baño de agua fría y permanecí descansando a la sombra. Había calculado mal y un golpe de calor estuvo a punto de jugarme una mala pasada, pero quedé satisfecho por lo conseguido. Al poco tiempo vi como el dueño del prado lo había cortado en trozos que, sin tardar, arderían en el fogón hogareño.

Fue entonces cuando transformado en humo, subió y subió, y voló alto, y planeó, y zigzagueó y se confundió con las aves de paso y, finalmente, se difuminó en el cielo ya para siempre libre.

Félix Carreto.